

# EPISTEMOLOGÍA E HISTORIA DE LA CIENCIA

SELECCIÓN DE TRABAJOS DE LAS XX JORNADAS

VOLUMEN 16 (2010)

Pío García  
Alba Massolo

Editores



ÁREA LOGICO-EPISTEMOLÓGICA DE LA ESCUELA DE FILOSOFÍA  
CENTRO DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
UNIVERSIDAD NACIONAL DE CÓRDOBA



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons atribución NoComercial-SinDerivadas 2.5 Argentina



## Comprender qué es “literatura” para comprender qué es “historia”

*Verónica Tozzi\**

El interrogante acerca de la distinción entre historia y literatura manifiesta una vaguedad de formulación pues es a veces tratada ya en términos de la diferencia entre narrativa histórica y narrativa ficcional, ya como historia y ficción, ya como historia y retórica. La pregunta puede plantearse de varias maneras pero hay dos ineludibles: una histórico-descriptiva y la otra filosófica. La primera –histórico-descriptiva– atiende a la historia de la relación entre ambas disciplinas con el objeto de constatar los diversos acercamientos y distanciamientos entre ellas. La segunda –filosófica–, sin desestimar la aproximación histórica, trata de establecer una distinción filosófica entre historia y literatura. Este abordaje se conecta estrechamente con la preocupación por la científicidad de la historia: sólo la narrativa histórica sustenta una dimensión cognitiva insoslayable, dimensión de naturaleza prescindible para la ficcional o literaria. Hay tres desafíos a enfrentar por aquellos que insisten en la estrategia filosófica.

1º, debe señalarse que se trata de un abordaje con un trasfondo esencialista pues busca discriminar un elemento no común a dos tipos de discurso que comparten la adopción de un género entre otros: la narración o relato. La ausencia de un criterio de distinción o de un rasgo relevante no compartido haría peligrar a la práctica (la historia científica) para la cual la cuestión parece ser muy importante. Llamo a este desafío “temor de contaminación” en tanto se asume la preocupación por encontrar alguna característica propia de los relatos históricos que los mantenga inmunes a los componentes literarios, ficcionales o retóricos que penetran (atravesan) a la narrativa ficcional o literaria.

2º, dicha estrategia en tanto impulsada por un interés demarcatorio entre ciencia y no ciencia constriñe a la historia a hacerse refractaria a los recursos que otras áreas de actividad humana podrían proporcionarle. En su forma extrema, esta estrategia estimularía a prestar limitada o nula atención a aquellos desarrollos teóricos de la teoría literaria, la historia y la sociología del arte, las ciencias del análisis del discurso con sus innumerables estudios sobre la metáfora, por nombrar sólo algunos ejemplos, que han contribuido a iluminar el status de la representación en general y de la representación histórica en particular. Ahora bien, soslayar estos aportes confirniéndoles solo un rol secundario conlleva otro desafío al que denomino “riesgo de petrificación”.

---

\* UBA/ UNTREF/ Conicet. Agradezco las observaciones del *réferti* que me han permitido, creo, ser mas clara en mi argumentación

3º, la posibilidad de una resolución exitosa en torno a la relación entre historia y literatura depende a su vez de la disponibilidad de una noción clara de todas aquellas nociones que supuestamente contrastan con la historia, me refiero a “literario”, “ficcional”, “poético”. ¿Cuál de ellos estrictamente cumpliría la función de aquello de lo que la historia se tiene que demarcar? ¿Cuál es en concreto el significado o límite demarcatorio de cada uno de ellos? Dada esta falta de consenso tanto en el término oponente como en cuanto a su significación, aparece un tercer desafío, simplemente la “disolución del problema”.

El punto es advertir que lo que se está tratando de ofrecer a través de la estrategia filosófica es un criterio(a la Danto) que frente a cualquier escrito sobre el pasado, permita discriminar si es una obra histórica o una obra literaria.<sup>1</sup> A su vez, aunque suene un tanto extraño, tendría que aclarar que la cuestión podría plantearse de manera diferente si es hecha desde el mundo del arte (como lo hace Danto en su filosofía del arte y que no trataré aquí) o desde la filosofía crítica de la historia, pues en un caso pareciera apuntar a la esencia de la artísticidad presente en lo literario, en cambio, en el otro caso discriminar sus rasgos específicamente epistémicos o cognitivos. La dificultad que encuentro en este planteo es que se está presuponiendo aquello mismo que se intenta demostrar, esto es, que la historia tiene que ver con la verdad y con la realidad, en cambio la literatura con la invención y la ficción, pues un análisis o listado de las obras concretas nos presentará sendos ejemplos de obras históricas de gran calidad “literaria”, es decir, un manejo sofisticado de recursos expresivos y poéticos así como obras literarias de gran agudeza fáctica y realismo. (Cuestión reconocida y tematizada por Danto por lo cual no se ha interesado en plantearla desde la filosofía de la historia).<sup>2</sup>

¿Sería tal vez recomendable escuchar el consejo de limitarnos a la estrategia histórico-descriptiva? Mi respuesta es negativa. La estrategia recomendable reside en una aproximación pragmática que aborde las obras históricas concretas con dos propósitos:

atender y tomarse en serio tanto los objetivos explícitos de la empresa historiográfica.

Comprometerse en la indagación en torno a los recursos efectivamente utilizados para alcanzar sus objetivos explícitos.

Con estas tareas pendientes es entonces importante comenzar aceptando sin más que el propósito de la práctica histórica académica es ofrecer historizaciones verdaderas del pasado. Sí, efectivamente la historia busca explicar, interpretar o narrar y todas estas propuestas deberían ser verdaderas. Pero la noción de verdad o verdadero no es caracterizable sin más como “correspondencia con la realidad”, una realidad cuya forma en algún sentido sería la misma de las representaciones. En fin, pretender verdad para nuestras historizaciones puede querer decir varias cosas: por nombrar algunas, correspondencia, coherencia, e incluso conformidad con la evidencia (justificación), una posición que está lejos de ser aliada indiscutible del realismo. Uno

no tiene que eliminar las pretensiones de verdad en los intercambios lingüísticos, sólo advertir, a la Rorty que estos no son más que un uso laudatorio (“conforme con la evidencia”: justificado), precautorio (podría, sin embargo, estar equivocado).

Por otra parte, la advertencia de que nuestros usos de “verdadero” no se ligan necesariamente con nuestra pretensión de “representar realístamente el pasado, tampoco involucra abandonar el realismo. Más bien, desearía llamar la atención al hecho de el interés por alcanzar una representación realista no es un presupuesto de partida sino una tarea a realizar, ahora bien, en ese esfuerzo por alcanzar ese tipo de historizaciones, realistas, los historiadores, al igual que los artistas y literatos, han tenido que negociar con los recursos de construcción discursiva disponibles. Para que esta afirmación adquiera todo su sentido, será relevante recordar en este punto dos trabajos insoslayables de dos teóricos vieneses: Ernst Gombrigh y Erich Auerbach. El primero, en *Arte e Ilusión*, expone una historia de la representación realista en las artes visuales. El segundo, en *Mimesis*, expone una historia del realismo en la literatura occidental. Tomando recaudos de sus respectivas diferencias, hay un aspecto común, rastrear en las diversas obras de arte y escritos legados por nuestra cultura, aquellos elementos que nos permiten identificarlos como representaciones “realistas”. Lo que se nos revela es que dichos elementos son recursos de figuración, disponibles y compartidos por todos y para todos los miembros de la cultura. Lo que hace realista a una representación, no es dictado por la realidad que dice representar sino por las convenciones figurativas de que dispone la sociedad y en cierta manera debe ser reconocida como realista por la sociedad que lo recibe. Ello no habilita un idealismo o antirrealismo, sino por el contrario, es una llamada de atención al hecho de que el logro de una representación realista es resultado de un trabajo que exige tener en cuenta con qué contamos y elegir aquello que mejor prometa alcanzar dicho objetivo pues, en rigor de verdad, no hay una y solo una manera de representar realístamente el mundo. Justamente, como dice Nelson Goodman,

“... la aceptación de la elegibilidad de bases alternativas no produce ninguna teoría científica o sistema filosófico, la conciencia de las variadas maneras de ver pinturas, no produce cuadros. Una mente amplia no es un sustituto para un duro trabajo.”<sup>23</sup>

Pero las decisiones estéticas no agotan las responsabilidades de los historiadores, también debe hacerse cargo de las consecuencias políticas de dicha historización (incluso a pesar de pretender ser cuidadosamente imparciales y neutrales) Esto es, toda historización del pasado exuda tres dimensiones insoslayables, epistémica, expresiva y política, por tanto, ¿sería posible proponer una consideración del discurso histórico gracias a la cual se pueda elevar la dimensión epistémica sobre las dimensiones expresivas y práctico-políticas? Hayden White ha mostrado la futilidad de este objetivo, pero contrariamente a lo que se podría suponer, no niega que la historia pueda

legítimamente pretender dar consideraciones verdaderas del pasado ni involucra reducirla a pura invención.<sup>4</sup> Solo que, suponer que lo epistémico es determinante sobre las otras dimensiones como para reducirlas a un rol servil de lo epistémico, compone dos indeseables riesgos:

1-que la historia adopte acríticamente algún género literario como el verdadero reflejo de la realidad pasada (sin notar que hay otros).

2-que sea inconsciente y por tanto involuntaria de las consecuencias políticas que conllevan estas adopciones narrativas.

En fin, la propuesta whiteana no es igualar historia y ficción o historia y literatura sino indagar en la teoría literaria sobre los mecanismos de composición de figuraciones realistas. En otras palabras, la autoconciencia lingüística, esto es, la tematización de los recursos poéticos seleccionados en la producción de figuraciones realistas por parte del historiador, no puede ser soslayada.

Me detendré brevemente en el primer riesgo. Atendiendo a la cuestión que subyace al título de este escrito acerca de cómo la teoría literaria contribuiría a ciertas preocupaciones de la filosofía de la historia, será pertinente re-direccionar las consideraciones de Hans Blumenberg en torno a la función de la retórica para la verdad. Al respecto rescata en la tradición dos concepciones originales de la misma, la que ve a la retórica ocupada con "las consecuencias dimanantes de la posesión de la verdad" y la que trata "con la perplejidad ante la imposibilidad de alcanzar la verdad" Esta última inspiró a Platón contra los sofistas que se arrogaban el derecho "a pasar por verdadero lo que se pueda efectivamente conseguir". La primera, en cambio, otorga a la retórica la tarea de embellecer la comunicación de la verdad que se puede conseguir.<sup>5</sup>

La sugerencia de Blumenberg es mirar la retórica desde la antropología, esto es, la indeterminación del ser humano es compensada por su obrar. La retórica no es embellecer lo que hay, ni sustituir lo que no hay: la verdad, sino "la fatigosa producción de aquellos acuerdos que, para hacer posible el obrar, deben encargarse, en la comunidad, de la regulación..." "El lenguaje no es un instrumental para la comunicación de conocimientos o verdades, sino para la producción del buen entendimiento..."<sup>6</sup>

Entonces, ¿cuál es la utilidad de la teoría literaria para el análisis del escrito histórico? En fin, la teoría literaria, parafraseando a Blumenberg, sería la herramienta que nos permitiría hacernos conscientes de los recursos de los que se vale el historiador para la producción de esas historizaciones que llamamos [reales, en sentido aristotélico, porque es aquello de lo que están todos convencidos], llamamos reales, en sentido del realismo figurar, porque se nos expresa en los términos reconocibles para la comunidad de pertenencia [con una selección de recursos disponibles para todos]. ¿Ello querría decir que el trabajo con la evidencia documental no es relevante a la hora de analizar un texto histórico y distinguirlo de uno meramente literario?

Provisoriamente, me gustaría dar una respuesta negativa a esta pregunta. Creo positivamente que podemos diferenciar entre historia y literatura o novela histórica. Para ser más explícitos, pensemos en la distinción entre historia y novela histórica en relación con la evidencia documental. Sería necio no reconocer una diferencia pero creo que en lugar de exponerla en términos de alguna lógica de la justificación yo diría que hay un diálogo diferente con el corpus evidencial. Puede que incluso la producción y recepción de historia esté absolutamente encarnada en el diálogo con la evidencia, y que este diálogo en la literatura o la novela histórica tenga una mayor intermitencia y no juegue un rol crucial en su recepción. Pero el problema pendiente para las mentes esencialistas es la naturaleza de esta evidencia, cómo se conforma, cómo se instituye su legitimidad, qué función cumple, ¿acceso a la verdad? ¿referencialidad? Es aquí entonces que esta estrategia pragmática de usar la teoría literaria para abordar este diálogo {donde la teoría literaria informaría a la historia de la disciplinación} juega un rol crucial.

Algo de esto se puede vislumbrar en una conferencia dictada por White, en una visita a Polonia, "Posmodernismo y ansiedades textuales" (1999), en la que afirma que las críticas posmodernas a la naturaleza de la idea occidental de conocimiento histórico deben leerse en clave de incitaciones "para que el historiador se responsabilice por la construcción de lo que previamente había pretendido descubrir."7 Esto es, no se trata de negar o depreciar el trabajo propiamente histórico con la evidencia sino de advertir que "... los rastros del pasado indican que éste una vez existió, no obstante su propia persistencia o sobrevivencia no es un efecto de las fuerzas causales que originalmente lo produjeron"8 Sino de políticas específicas de ciertos momentos para conservar dichos rastros.

Pero ello nos lleva directamente al segundo resgo: [que sea inconsciente y por tanto involuntaria de las consecuencias políticas que conllevan estas adopciones narrativas.] Lo plantearé del siguiente modo: Si lo que se ha señalado es que tanto las adopciones estilísticas como la preservación de la evidencia responde a adopciones políticas o son resultado de las contiendas políticas, entonces, ¿por qué insistir en la necesidad de autoconsciencia lingüístico-estilística como estrategia para acceder a la naturaleza del escrito histórico en lugar de concentrarnos en las políticas efectivas en disputa con el objeto ya de disminuir o neutralizarlas? ¿Por qué no promover la autoconsciencia ideológica o política como prioritaria en lugar de la estilística? La estrategia que apela a la teoría literaria y que insta a la autoconsciencia lingüístico-estilística del historiador nos provee de cuatro informaciones fundamentales para la práctica histórica académica

Primero: no hay una única manera de narrar, esto es, hay más de una manera de concatenar en un discurso acerca del pasado agencia, actor y circunstancias en términos de tipo genérico de trama. Incluso, las aparentemente puras descripciones de los fenómenos involucran dichas concatenaciones según las cuales otorgaremos mayor fuerza causal ya al actor, ya a las agencias

naturales ya a las circunstancias sociocontextuales. Por eso, señala White, el determinismo epistémico desde la evidencia o la realidad hacia el discurso no se sostiene.

Segundo, la diversidad narrativa y la consecuente diversidad de concatenación de agencia, actor y circunstancias conlleva inherentemente diversas visiones sobre la relación entre pasado, presente y futuro, posibilidad de cambio o permanencia del status quo, velocidad de los procesos sociales e históricos, libertad o determinismo respecto de las circunstancias para el actor. En fin, como señala en "El fin de la historiografía narrativa":

"La cuestión del contenido ideológico de la representación narrativa de la realidad va junto con la autoridad cognitiva de los diversos tipos-genéricos de trama disponibles dentro de una dotación cultural dada para la provisión de los eventos reales con un tipo específico de significado-relato, y no sobre la autoridad cognitiva de un modo genéricamente narrativo de hablar acerca del mundo."

Tercero, si bien, es inevitable tramar e inevitablemente la trama es ideológica, en este reconocimiento hay dos opciones. Lo ideológico es inherentemente distorsionante, alienante. A ello White lo denomina narrativización para referirse a la pretensión de que es la realidad la que dicta la trama. Por otra parte, lo ideológico puede hacer referencia a la consecuencia de la inevitable concatenación básica entre acto, agente y circunstancias, el simple narrar. En este caso ya no se trata de distorsión sino de configuración o prefiguración. Por ello, la estrategia en términos de autoconciencia lingüístico-estilística más que política, señalaría White, nos permite aperecernos y responsabilizarlos por la contingencia de nuestras adopciones políticas como resultado de nuestras adopciones prefigurativas de trama. Sólo desde lo lingüístico se pueden ver incluso las adopciones políticas como no definitivas y fundantes.

Cuarto, la autoconciencia en la diversidad narrativa es además el antídoto al determinismo lingüístico, ningún tipo genérico de trama tiene mayor autoridad cognitiva o moral.

Para terminar quisiera hacer algunas observaciones sobre la reflexión en torno a la autoconciencia lingüístico-estilística en el contexto de la siempre presente aunque depreciada cuestión de la diferencia entre historia y literatura. Concretamente me detendré en la crítica que el posmodernismo dirige a la historia como narrativa tal como la ha desarrollado Hayden White. Su crítica tiene en común con el estructuralismo y el posestructuralismo el desenmascaramiento de la pretensión por parte de la historiografía de encontrar en la narrativa un discurso neutral acerca de la realidad, esto es, un instrumento puramente cognitivo. Ahora bien, ni en el caso de White ni en del estructuralismo de Annales, la crítica se reduce a un rechazo de la historia como un trabajo con la evidencia. Reitero, ser estilísticamente autoconsciente no involucra descartar la evidencia como algo propio o insoslayable para el historiador. Que el historiador trabaje con

evidencia, datos, registros y que este trabajo constituye un núcleo central de la práctica es un dato de partida. Esto es así a tal punto que en los últimos años White ha tematizado específicamente cómo el desarrollo tecnológico de los medios de comunicación {y sobre todo internet} han revolucionado la disponibilidad de información a una escala masiva e instantánea.<sup>10</sup> El punto de la autoconsciencia lingüística reside más bien en si en este proceso el historiador narrativiza (no advierte su propia actividad de configuración narrativa, esto es, su autoría) o simplemente narra (se hace cargo de que él es el narrador) <sup>11</sup>

Es más, en los últimos trabajos de White la recomendación de autoconsciencia lingüística más que leerse como abandono o desprecio por la evidencia, debe leerse como una crítica y rechazo a las denuncias de representabilidad para ciertos eventos límite, a veces llamados traumáticos, del siglo XX. Dada la revolución en escala de información en el siglo XX, la autoconsciencia lingüística promueve la proliferación de representaciones alternativas a los cuatro protocolos básicos: romance, tragedia comedia y sátira. Al respecto ha promovido la adopción de un estilo modernista de escritura (explicar) Ahora bien, el punto que merece discusión reside en que esta recomendación abarcaría a la historia y a la literatura estableciendo, según mi punto de vista, una equivalencia entre ambas áreas pero no ligada a la libertad creativa de ficciones, sino a la responsabilidad en la elección de los recursos ficcionales para representar dichos acontecimientos. Pero contrariamente a White, comprender qué es literatura, o ser autoconscientes de la diversidad de recursos estilísticos, no significa que la literatura o los movimientos literarios nos van a dictar cómo configurar los eventos. Es obviamente insoslayable ser lingüísticamente autoconscientes a la hora de pensar al historiador en la esfera pública. Pero seguro no será suficiente en la discusión interna entre pares. La mera autoconsciencia estilística puede problemáticamente coartar la crítica de pares. Formas hiperestetizadas de historia pueden ocluir la discusión sobre las formas básicas de concatenar acción, agente y circunstancia, promoviendo involuntaria y críticamente formas simplistas de explicación e interpretación, ocluyendo en suma lo político mismo.

## Notas

1 Véase Danto (2004) capítulo 6.

2 He tratado detalladamente este tema en Tozzi, 2010

3 Goodman, 1978, p. 21 (traducción mía)

4 Ricoeur, Danto, Ankersmit y Carr comparten esta misma visión del escrito histórico. La diferencia reside en la relación de esta forma de discurso con la experiencia y vida humana pero no en el discurso como cosa.

5 Blumenberg, 1999, p. 118

6 Ibidem

7 White, 1999, p. 27

8 Ibid., pp. 32-33

9 White, 1998, p. 399



10 Por otra parte, el reclamo de autoconciencia lingüístico-estilística tampoco es un dardo contra todo intento de distinción entre historia y literatura. Es más se podría incluso aceptar que la distinción entre historiador y novelista histórico remite a que el último usa la evidencia para proveer una representación realista en cambio el historiador tiene que configurar la evidencia para proveer una imagen plausible de ella. Como ya he señalado en otra parte podría tomarse el trabajo de White como una especie de empirismo constructivo.

11 Véase White, 1992, cap. 1

### **Bibliografía**

Auerbach, Erich, *Mímesis: la representación de la realidad en la literatura occidental*, trad. I. Villanueva y E. Imaz, Fondo de Cultura Económica México, 1950

Blumenberg, Hans, "Una aproximación antropológica a la actualidad de la retórica", en *Las realidades en que vivimos*, Paidós, Barcelona, 1999

Danto, Arthur, *La transfiguración del lugar común, una filosofía del arte*, Paidós, Buenos Aires, 2004

Tozzi, Verónica, "Una aplicación de la filosofía del arte de Danto a los problemas de la demarcación entre la narrativa literaria y la "meramente" histórica." *Daemon. Revista internacional de filosofía de la Universidad de Murcia* 49 (enero-abril 2010) pp. 119-139

White, Hayden, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós, 1992

"The End of Narrative Historiography", en *Świat historii*, ed. by Wojciecha Wrzoska. Poznań: IH UAM, 1998: 393-409.

"The Historical Event", en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, Vol. 19, N° 2, 2008, pp. 9-34.

"Postmodernism and Textual Anxieties" en, *The Postmodern Challenge: Perspectives East and West*, edited by Nina Witoszek and Bo Stråth. Sage Publications, London, 1999, pp. 27-45